

AÑO XXVI.

## PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 14.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

### OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

### DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Táuago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.

PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

**Sumario.**—Chaqueta con cinturón. — Trage-funda con coselete. — El arte de hacer medias. — Cofia Lamballe (punto de aguja). — Puño para caballero (punto de aguja y crochet). — Puño para señora. — Corpiño con cuentas. — Marcas para la ropa. — Tapetillo sobre canevás Java. — Sombrero de M. Aubert. — Paletot Rodolfo. — Paletot Primula. — Peinador Emperatriz. — Enagua interior de cachemira violeta. — Zagalejo, trage y paletot de popelina color castaño. — Zagalejo, trage y paletot de seda violeta. — Escenas de la vida marítima. — Los vecinos de Darlingen. — Vuelta á la patria. — Una lágrima. — Explicacion del figurin iluminado. — Problema de ajedrez.

#### Chaqueta con cinturón.

Este modelo, hecho de cachemira violeta, y cuyo patron hemos publicado muchas veces, se diferencia de las variedades anteriores por el cinturón, que es siempre de la misma tela que la chaqueta; esta se adorna con dos galones estrechos, negros y blancos, se borda con cuentas blancas cretosas, y se orla de guipur negro y blanco, de 2 centímetros de ancho.

terciopelo azul, cuentas y borlas de cuentas. Los dos dibujos que ofrecemos en esta página, nos evitan dar mas pormenores para la confeccion de este trage y coselete.

#### El arte de hacer medias.

No pocas de nuestras lectoras, esto es, la parte activa y laboriosa de las familias, nos agradecerán el que reservemos algun lugar á este *arte humilde*, que consiste en hacer media con arreglo á métodos racionales.

Hay cinco modos diferentes de armar los puntos para trabajar con hilo, ó con algodón, ó con lana.— Para cada procedimiento se reserva un cabo bastante largo de la hebra que se encuentra en el ovillo; se coloca este cabo (cuya direccion y lar-



TRAGE-FUNDA CON COSELETE.



CHAQUETA CON CINTURON.

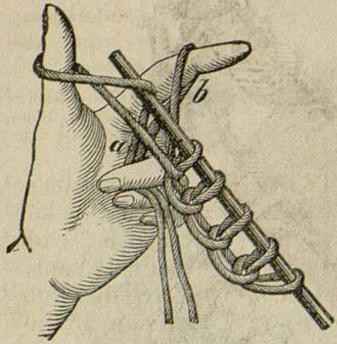
#### Trage-funda con coselete.

Corpiño montante, bullonado, de mangas largas, hecho de tul blanco. Los bullones van separados por una cinta estrecha de terciopelo azul, *claveteada* de algunas cuentas blancas; este mismo terciopelo forma los eslabones de la cadena que guarnece el escote, el delantero y la costura de los hombros.

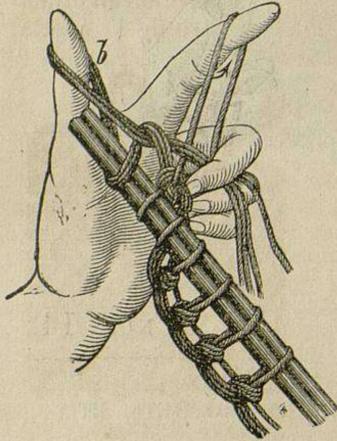
El trage con coselete, es de tafetan gris ceniciento muy claro, con adornos de eslabones de



TRAGE-FUNDA CON COSELETE (POR DELANTE).



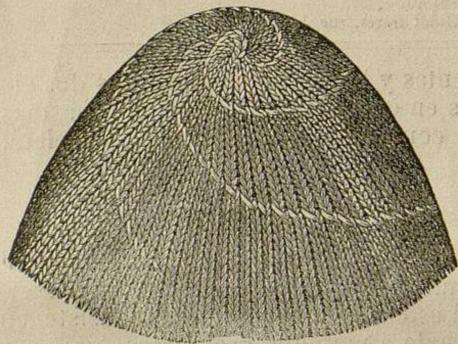
N.º 1.



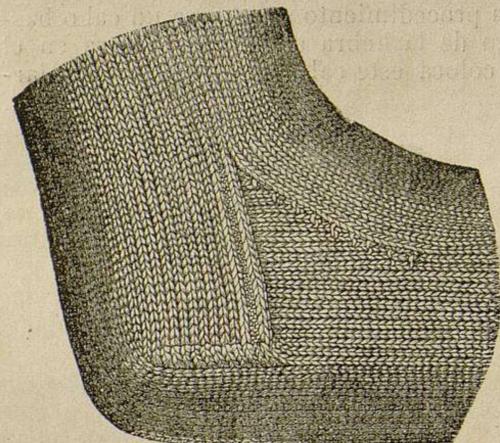
N.º 2.

(véase el dibujo), se dirige la aguja de arriba abajo sobre la hebra *b*, luego por el buclecillo *a*, y se aprieta el punto.

N.º 3.—Este se hace con una hebra puesta triple, y se forma, despues de la primera vuelta de la labor, una especie de galon estrecho. A fin de que los puntos puedan labrarse fácilmente se arman sobre dos agujas á la vez. Para armar los puntos se toma sobre las agujas (consultando el dibujo) la parte de detrás del buclecillo que se encuentra sobre el pulgar, se pican las agujas en la direccion de la flecha, por debajo de la hebra que se encuentra sobre



N.º 10.



N.º 7.

el indice, luego al través del primer buclecillo formado sobre la aguja, y se aprieta el buclecillo del pulgar tirando la hebra triple. El dibujo representa los puntos un poco vueltos, para que pueda discernir bien la hebra triple.

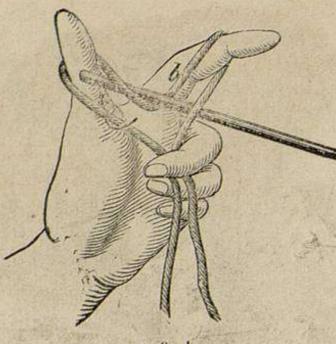
N.º 4.—Este procedimiento difiere del anterior en que se forman 2 puntos á la vez, los cuales se hacen en seguida separadamente. Se principia como se ha dicho para el n.º 3. Para formar los 2 puntos, se debe, antes de apretarlos, pasar otra vez la aguja á través del buclecillo *a* del pulgar, en la direccion de la flecha, luego se la desliza sobre la hebra *b* de arriba abajo, á través del buclecillo del pulgar.

N.º 5.—Se emplea con frecuencia este procedimiento, muy sencillo, para armar las labores de lana; se lleva la aguja por debajo de la hebra *a* de abajo arriba (véase el dibujo), se deja deslizar la hebra fuera del dedo, se pasa el pulgar por debajo de la hebra, en el sitio marcado por un punto; se tira de la hebra para apretar el punto, y se forma un nuevo buclecillo, tomando la hebra sobre el indice en el sitio marcado *b*.

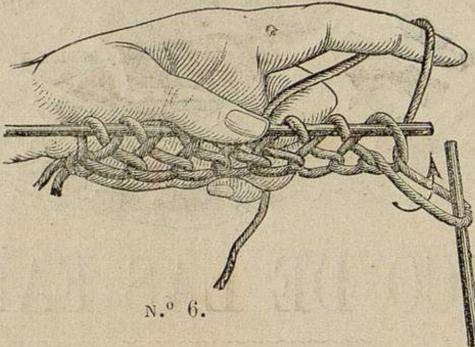
N.º 6.—Para este procedimiento, se arman los puntos con dos agujas; se principia como en los anteriores,

go se indican en el dibujo n.º 1) sobre el pulgar y el indice de la mano izquierda, del modo que el cabo venga por encima del pulgar, y caiga sobre la palma de la mano, en donde se sujeta, como lo restante de la hebra, con los demás dedos de la misma mano. Para principiar la tarea de armar los puntos, se hacen los dos primeros puntos tomando la aguja con la mano derecha, colocándola sobre la hebra entre el pulgar y el indice, llevando la punta de la aguja en la direccion que indica la punta de la flecha, picando de abajo arriba, luego trayéndola de arriba abajo sobre el hilo *b*, y de nuevo á través del buclecillo marcado por la flecha; entonces se saca el pulgar del buclecillo, se levanta el cabo de la hebra con el pulgar, y se tira de esta hebra para apretar el buclecillo.

N.º 2.—Para este procedimiento sencillo, se forman 2 puntos segun las explicaciones anteriores; se toma sobre la aguja el buclecillo que se encuentra sobre el pulgar

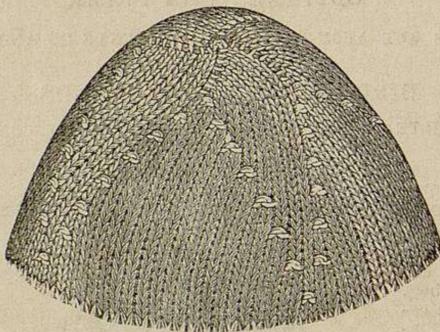


N.º 1.

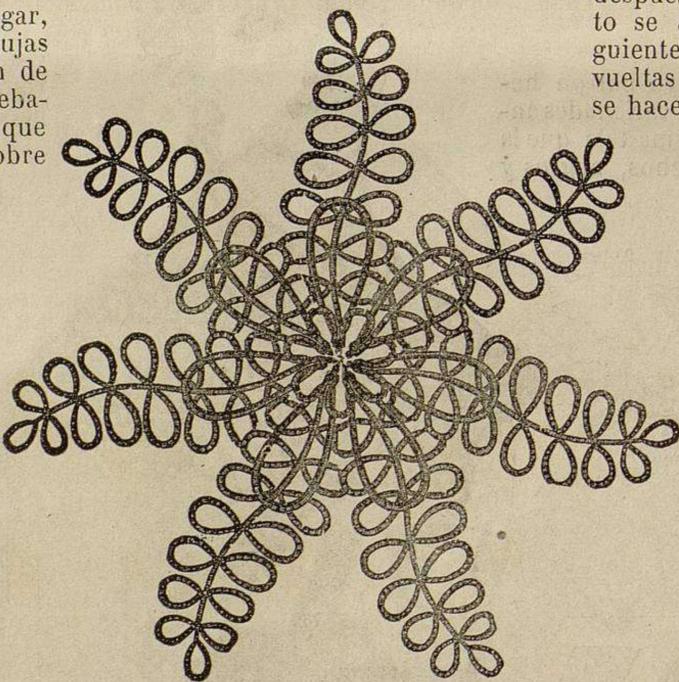


N.º 6.

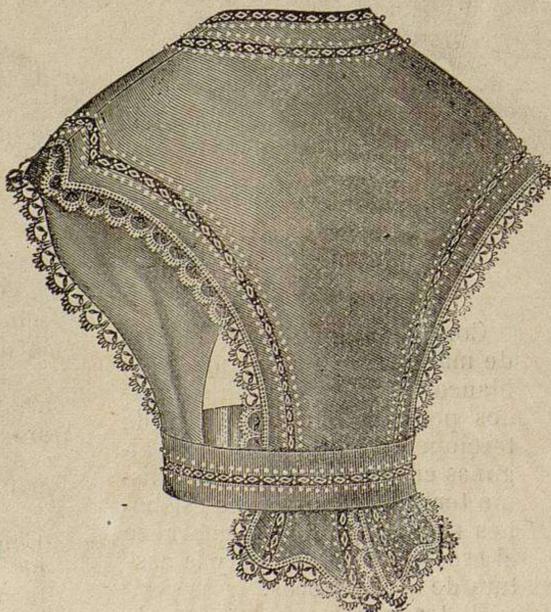
EL ARTE DE HACER MEDIAS.



N.º 11.



ROSETA DE CUENTAS.



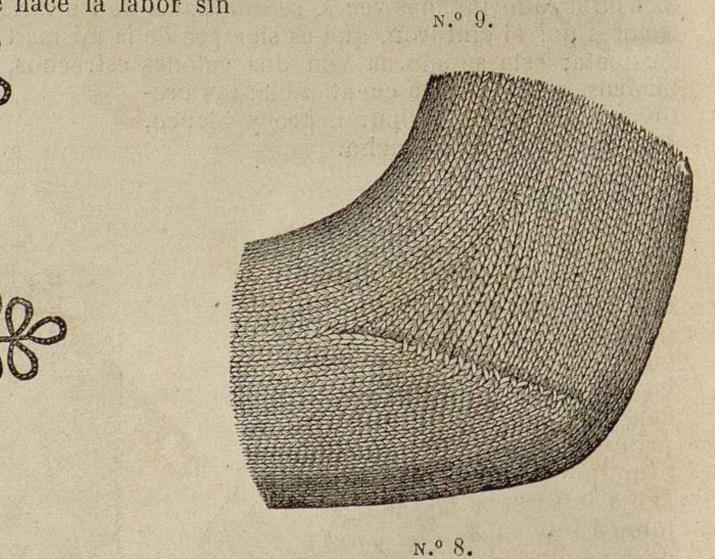
CHAQUETA CON CINTURON VISTA POR DETAAAS.

res, luego se toma la aguja que sostiene el primer punto con la mano izquierda, se pone la hebra dicha sobre el indice de la mano izquierda, se toma una segunda aguja, y se hace el punto de la aguja izquierda, sin dejarlo sin emdargo deslizar fuera de la aguja; se toma sobre la aguja izquierda, en la direccion de la flecha, el buclecillo formado sobre la aguja derecha, luego se le hace como el punto anterior, y así sucesivamente.

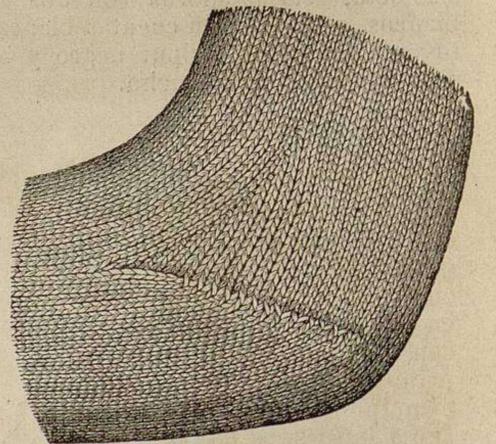
Vamos á ocuparnos de algunos procedimientos con referencia al talon y á la punta de la media.

N.º 7.—El talon se hace en parte en redondo, es decir, como continuacion del empeine, y en parte por separado, de ida y vuelta.—Antes de principiar el talon, los puntos deben dividirse en número igual sobre cuatro agujas. Se labra primeramente el talon en redondo con las 4 agujas, creciendo un punto al principio de la última aguja y al fin de la primera de cada vuelta (compuesta de 4 agujas). Este crecido se verifica otras 13 veces, con intervalos de 2 vueltas cada vez. En seguida se toman en una aguja suplementaria los 12 puntos del medio (por cada lado de la costura), y se labra el talon de ida y vuelta (una vuelta al derecho y otra al revés) sobre estos puntos, menguando uno al fin de cada una de las 16 primeras vueltas; este menguado se produce haciendo juntos el punto del talon y el primero de los que se han dejado en las agujas de los lados, y despues de este punto se levanta el siguiente.—En las 16 vueltas que siguen, se hace la labor sin

menguados, pero añadiendo al talon uno de los puntos de los lados. Se cierra el talon haciendo en cada vuelta siguiente uno de los puntos de los lados con el último del talon. Este menguado debe ser, no en sesgo, como la anterior, sino siempre en línea recta encima de los puntos de los lados.



N.º 9.

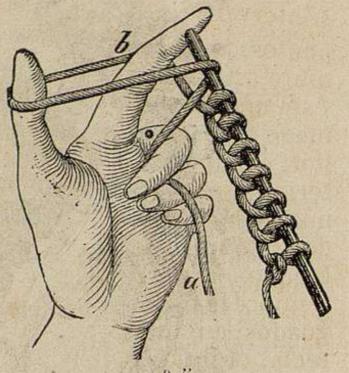


N.º 8.

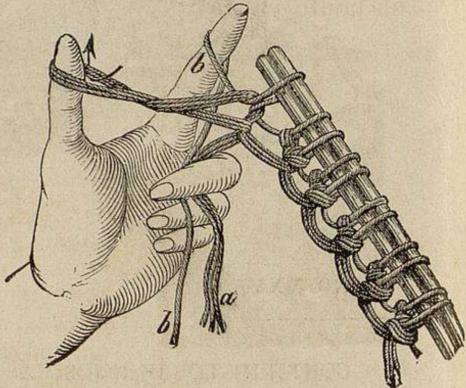
N.º 8.—Este talon que, para que calce bien, debe ser regularmente largo, se diferencia del anterior por su terminacion. Despues de la última vuelta del talon, hecha, como las anteriores, de ida y vuelta, se toman con una aguja suplementaria los 22 puntos del medio (por cada lado de la costura); se hace la labor de ida y vuelta sobre estos 22 puntos, y en cada vuelta hecha al derecho se hacen juntos el 4.º y 5.º puntos,—así como el 19.º y el 20.º Al fin de cada vuelta, se hace el mas próximo de los puntos abandonados, hasta emplear todos ellos, luego vuelven á tomarse todos los puntos de orilla por cada lado, como para los talones comunes, y se continúa la labor del mismo modo.

N.º 9.—Punta. El menguado en la punta de la media se verifica siempre con un punto levantado, es decir, que se levanta un punto sin hacerlo, que se hace el siguiente, y que se echa el punto levantado por encima del que se ha hecho.

Para la punta (dibujo n.º 8) el menguado tiene lugar

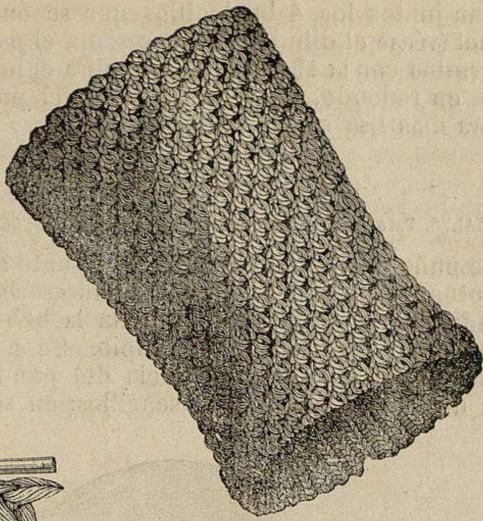


N.º 3.



N.º 4.

á intervalos de 7 puntos. Se hacen sobre esta vuelta 7 sin menguados, luego otra con ellos, como la anterior; se continúa de este modo; solo que, debiendo hacerse siempre los menguados en línea recta, el intervalo se aminora en un punto en ca-



PUÑO PARA CABALLERO (PUNTO DE AGUJA Y CROCHET).

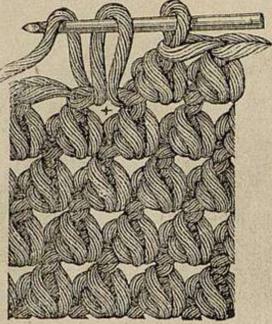
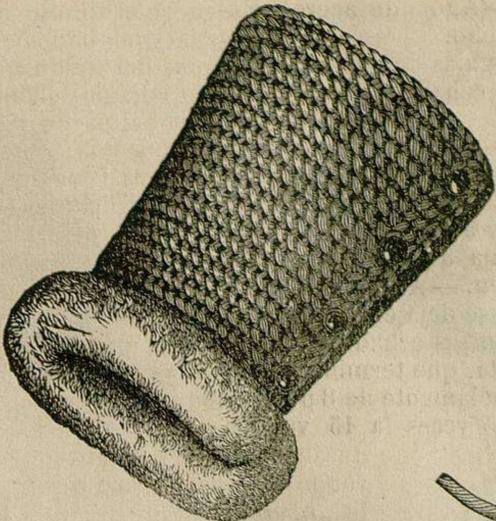


PUÑO PARA SEÑORA (CROCHET).

**Roseta de cuentas, adornos para tocados.**

MATERIALES.—Alambre muy fino: cuentas de azabache ó de cristal.

Esta roseta se compone de siete ramas, cada una de 11 centímetros de largo, y tienen 15 hojas; las ramas se reúnen en el centro de la roseta,

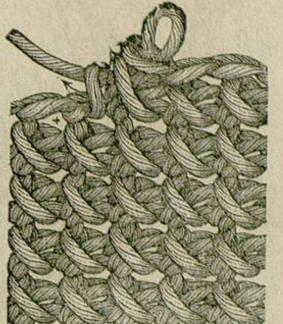


PUNTO RIZADO.

da nueva vuelta con menguados. Las vueltas de intervalo, que separan siempre las vueltas con menguados, decrecen también en una vuelta cada vez; así no hay más que 6 vueltas

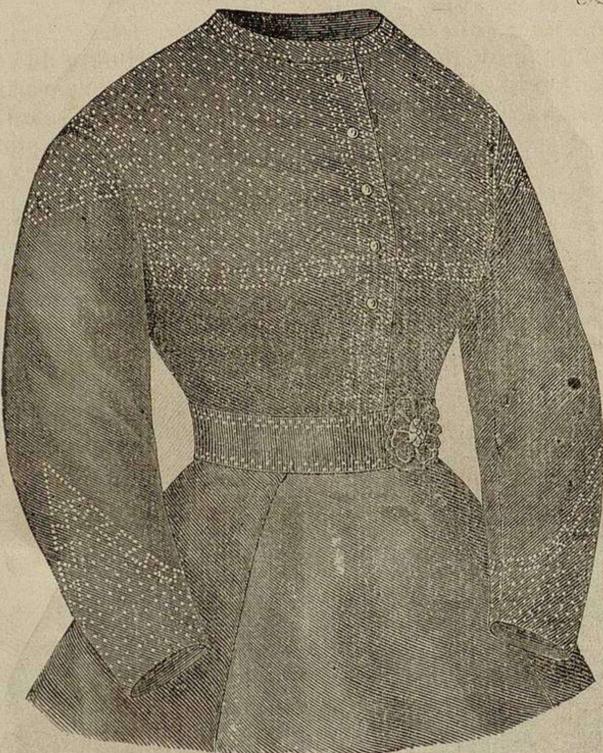
y su union se cubre con siete bujecillos, cada uno de cuatro cents. de largo, y otros tantos bujecillos de 1 centímetro.

Para cada rama, se empleará un pedazo de alambre de 70 centímetros de largo; en el



PUNTO CRUZADO.

CÓFIA LAMBALLE (PUNTO DE AGUJA).

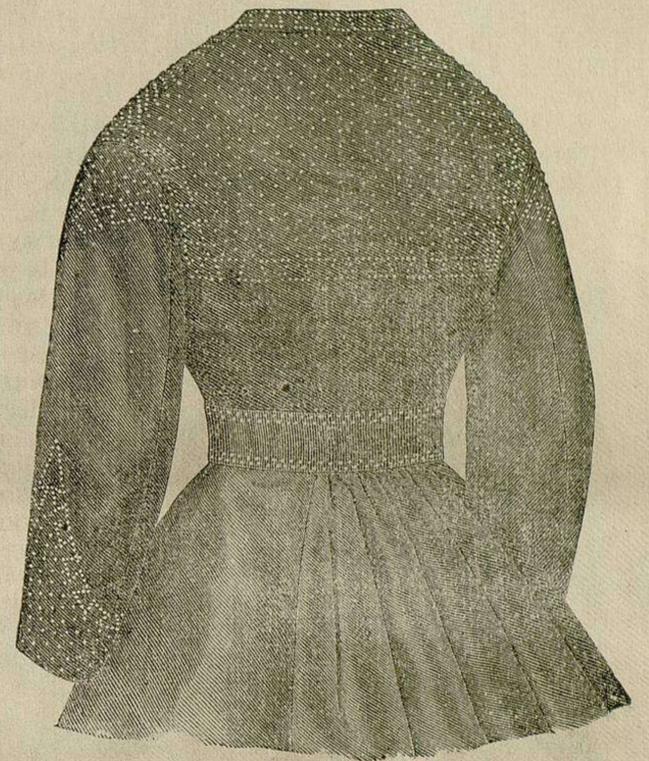


CORPIÑO CON CUENTAS (VISTO POR DELANTE).

de intervalo entre la 2.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup> con menguados, y así sucesivamente hasta cerrar la punta con una vuelta con menguados.

N.º 10.— Para ejecutar esta punta se deben ante todo dividir los puntos en 4 agujas, luego menguar una vez al principio de cada aguja. Este menguado se repite con intervalo de una vuelta, y va atrasando en un punto hacia la izquierda en cada vuelta con menguados, de

cual se ensartan 12 cuentas, que se deslizan hasta el medio del alambre; este se dobla, y así se forma la hoja que está en la punta de la rama. Se forma el tallo pasando los dos cabos del alambre á la vez por 4 cuentas, luego, separando estos dos cabos, se ensartan en cada uno 13 cuentas, se desliza cada cabo por el tallo de la hoja anterior, y se continúa así, aumentando una cuenta para las 2 hojas siguientes.

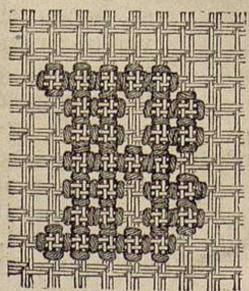


CORPIÑO CON CUENTAS (VISTO POR DETRAS).

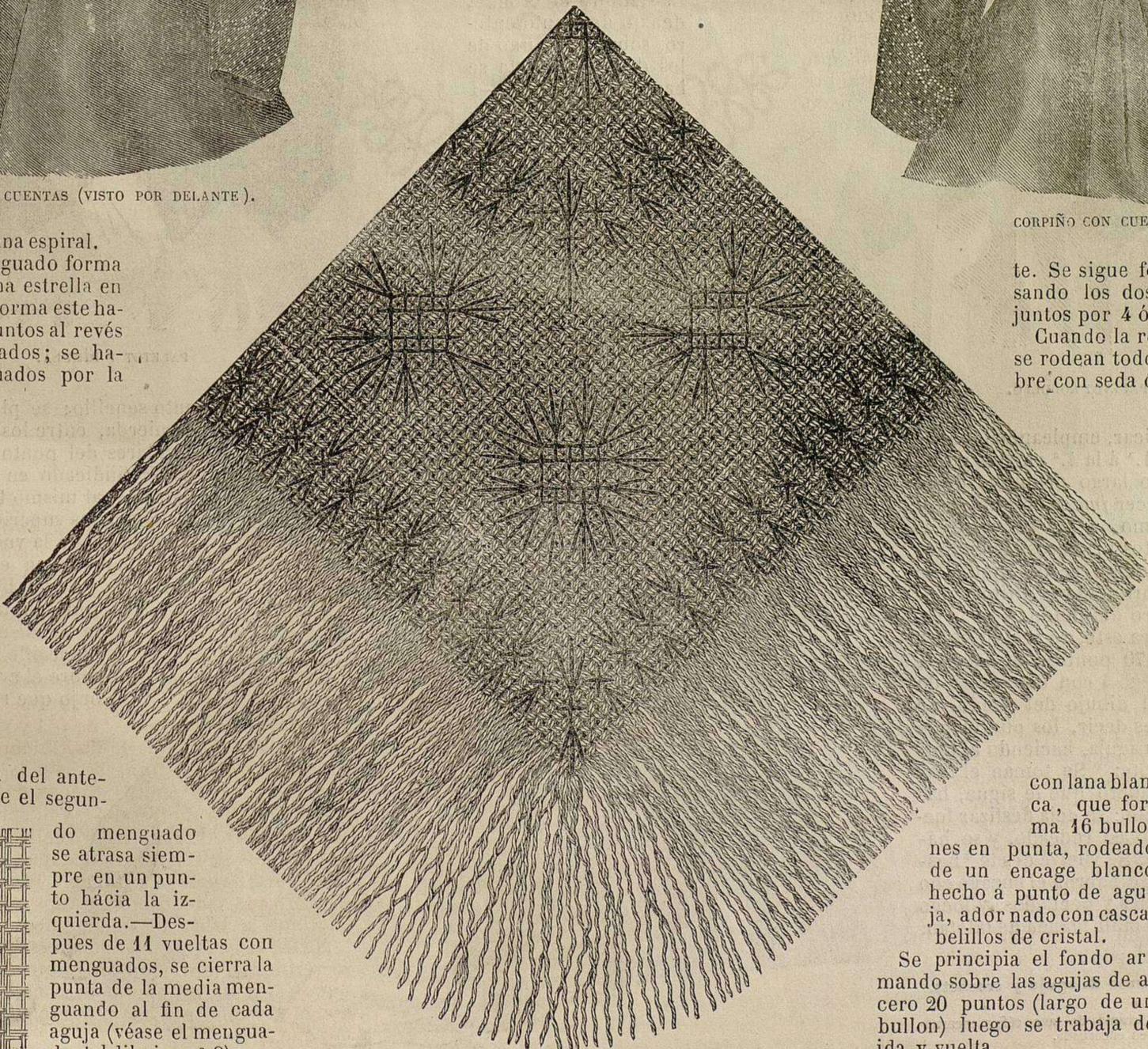
modo que forme una espiral.

N.º 11.— El menguado forma en este modelo una estrella en cuatro partes; se forma este haciendo 2 puntos juntos al revés en los sitios marcados; se hacen estos menguados por la primera vez al principio de cada aguja, luego se repiten á intervalos de 4 vueltas. En cada vuelta de los menguados que suceden á la 1.<sup>a</sup>, se mengua 2 veces, es decir, sobre cada lado del menguado primitivo; el primero de estos 2 menguados debe siempre verificarse (en las vueltas subsiguientes) encima del anterior, mientras que el segun-

do menguado se atrasa siempre en un punto hacia la izquierda.— Después de 11 vueltas con menguados, se cierra la punta de la media menguando al fin de cada aguja (véase el menguado del dibujo n.º 8).



MARCA PARA LA ROPA.



TAPETILLO SOBRE CANEVAS JAVA.

te. Se sigue formando el tallo pasando los dos cabos del alambre juntos por 4 ó 5 cuentas.

Cuando la roseta está terminada, se rodean todos los cabos de alambre con seda ó lana.

Estas rosetas sirven también como adorno en los trages de baile.

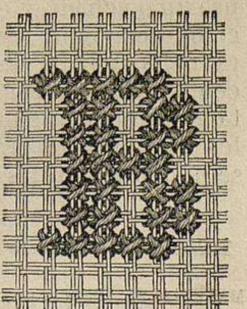
**Cófia Lamballe, (punto de aguja).**

MATERIALES.— 20 gramos de lana plumazon blanca; agujas de acero de mediano grueso; agujas finas de madera; 1 metro de cinta blanca de tafetan, de cinco cents. de ancho; un crochet de madera.

Esta cófia se compone de un fondo redondo, labrado

con lana blanca, que forma 16 bullo- nes en punta, rodeado de un encage blanco hecho á punto de aguja, adornado con cascabelillos de cristal.

Se principia el fondo armando sobre las agujas de acero 20 puntos (largo de un bullon) luego se trabaja de ida y vuelta.



MARCA PARA LA ROPA.

1.<sup>a</sup> á 4.<sup>a</sup> vuelta.—(Aguja de acero). Enteramente al derecho.

5.<sup>a</sup> vuelta.—(Agujas de madera). Alternativamente un echado y un punto al derecho.

6.<sup>a</sup> á 15.<sup>a</sup> vuelta.—Alternativamente un echado,—el punto mas próximo hecho al revés, al mismo tiempo que el echado mas próximo; pero al fin de la 8.<sup>a</sup> vuelta se dejan en la aguja 3 puntos y 3 echados que no se hacen.—Al fin de la 10.<sup>a</sup>, 12.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup> vueltas, se deja el mismo número de puntos con sus echados, de modo que la 15.<sup>a</sup> vuelta, que termina un bullon, se compone solamente de 8 puntos. Se repiten otras 15 veces la 15 vueltas

montan juntos los 4 bucecillos que se encuentran sobre el crochet (véase el dibujo que representa el *punto rizado*). El puño termina con la 19.<sup>a</sup> vuelta. Se labra el forro siempre al derecho, en redondo, luego se le cose en el puño de modo que su cara mas lisa quede hácia afuera.

**Puño para señora.**

MATERIALES. Para el par: 20 gramos de lana céfiro blanca; 40 cents. de tira de cisne.

Este puño, hecho de lana blanca á punto cruzado; se cierra por botones y ojales. El punto cruzado se hace hácia un mismo lado; por consiguiente se corta la hebra al fin de cada vuelta para reanudarla al principio. Se hace una cadeneta proporcionada á la circunferencia del puño, y sobre esta se forma una vuelta de puntos sencillos; en seguida se hace la



SOMBRERO DE M. AUBERT.

firo. El forro, á punto de aguja, se ejecuta con lana inglesa.

Se principia por el borde inferior, haciendo una cadeneta de 36 puntos; se reúne el último punto con el primero, y sobre este círculo se hacen 19 vueltas, sin alterar el número de puntos; se pica siempre el crochet debajo del punto entero, sobre cada uno de los de la cadeneta se hace un bucecillo,—1 echado;—luego se des-



PALETOT P RÍMULA.

siguiente: \* un punto sencillo; se pica el crochet á la izquierda, entre los dos lados perpendiculares del punto que se acaba de hacer (indicado en el dibujo por una flecha), y al mismo tiempo, á través de los dos lados superiores del mas próximo punto de la vuelta anterior (en el sitio marcado en el dibujo por una cruz), se pasa un bucecillo por el último punto, y se le desmonta al mismo tiempo que el bucecillo que se encuentra sobre el crochet (véase el dibujo que representa el *punto cruzado*).

Se principia el puño por una cadeneta de 40 puntos, y se hacen 19 vueltas á punto cruzado, y tal como se acaba de explicar.—Se mengua 1 al principio y al fin de la 3.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 10.<sup>a</sup> y 12 vuelta. Cuando la 19.<sup>a</sup> es-



PEINADOR EMPERATRIZ, DE NANSOUK CLARO.

que se acaban de explicar, empleando las agujas de acero desde la 1.<sup>a</sup> á la 4.<sup>a</sup> vueltas y trabajando sobre todo lo largo primitivo de la labor. Se cuida de hacer *juntos* un punto con el echado mas próximo, á fin de volver al número de los 20 puntos primeros. Cuando se ha terminado el 16.<sup>o</sup> bullon, se desmonta, se cosen una con otra la primera y la última vueltas, se frunce el centro del fondo, y se le rodea con el encage. Para este, se arman sobre las agujas de acero 170 puntos, se hacen 4 vueltas al derecho, luego 4 con las agujas de madera, repitiendo el dibujo del fondo. Se desmonta el encage, es decir, los puntos que se encuentran sobre la aguja, haciendo al crochet la vuelta siguiente: \* Se toman el mas próximo echado y el punto que le sigue, haciendo un punto sencillo; se deja deslizar fuera de la aguja el punto así rodeado, y se hacen 3 puntos en el aire. Se vuelve desde \* hasta el fin de la vuelta. Se adorna el encage con los cascabelillos grandes y pequeños, y luego se ponen las bridas de cinta blanca de tafetan.

**Puño para caballero (punto de aguja y crochet).**

MATERIALES. Para el par: 32 gramos de lana céfiro encarnada; 16 de lana inglesa, también encarnada.

Este puño se hace al crochet con lana cé-

tá terminada, se rodea el puño (excepto su borde superior) con 3 vueltas hechas igualmente á punto cruzado; en uno de los lados transversales, se forman en la 2.<sup>a</sup> vuelta 3 ojales con intervalos de seis puntos; cada ojal se compone de 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos de la vuelta anterior. En la 3.<sup>a</sup> y última vuelta se hace un punto sencillo sobre cada punto, 3 puntos sencillos puestos á caballo sobre los puntos en el aire que forman el ojal. Se cosen los botones, y luego se pone la tira de cisne.

#### Corpiñ con cuentas.

Las cuentas no han llegado aun á su término: se

ancho; pero en la segunda mitad de la cruz, en vez de dirigir la aguja en sentido perpendicular por debajo de los hilos horizontales, se la lleva horizontalmente por cima de la mitad de la cruz que se acaba de hacer; en seguida se extiende por el derecho, por cima de la cruz que se acaba de hacer, una mitad de cruz para la cual la aguja, dirigida siempre en sentido horizontal, se pasa por debajo de la cruz. Lo que importa observar en el curso de esta labor, es el no hacer jamás un punto al sesgo por el revés de la tela; los puntos, tanto horizontales como perpendiculares, abrazan cada uno dos hilos solamente.

pelo color de pensamiento, y orla de cascabelillos de cristal. Anchas bridas de tafetan blanco, y sobre el sombrero una flor de terciopelo violeta, rodeada de hebras de garzota blanca.

#### Dos paletots.

N.º 1.—PALETOT RODOLFO, de tafetan negro, con galones de cuentas, y guarnicion de fleco de seda negra.

N.º 2.—PRÍMULA (vestido de viage y de calle). Paletot de cachemira azul, bordado con seda negra, y galones estrechos negros y blancos; fleco de seda negra y cascabelillos de cuentas. Sombrero de cas-



#### EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

**Enagua interior de cachemira violeta.**—Trage y paletot de tegido de lana gris chiné. El trage, tan largo como la dicha enagua, es mas corto solamente por los lados; su borde inferior con un volante con cabeza, por el que corre un calabrote de seda violeta. Paletot igual. Sombrero de terciopelo negro; plumas blanca y negra.

**Zagalejo, trage y paletot de popelina color castaño.**— Todos los

bordes son á puntas, y guarnecidos con tiras de tafetan negro, cortadas al sesgo. El trage está abierto por ámbos lados para dejar pasar el extremo de los paños.

**Zagalejo, trage y paletot de seda violeta,** con aplicaciones de terciopelo negro, cosidas con cuentas blancas cretosas. El trage, corto, va recogido en ámbos lados por una presilla rodeada de terciopelo negro.

preparan para los trages de primavera corpiños iguales á este cuyo dibujo publicamos. Este corpiño de un trage de paño de seda gris, se borda con cuentas blancas. Su guarnicion es una greca, y el fondo es un salpicado. El cinturon, igual al trage, se borda con cuentas, y se cierra con una escarpela que lleva en su centro una gruesa cuenta blanca.

#### Marcas para la ropa.

Si siguiendo este procedimiento, las marcas no tienen revés, porque este punto cruzado por el derecho, forma cuadros por el revés. Se hace primeramente una cruz comun sobre dos hilos en alto y

#### Tapetillo sobre canevas Java.

Se bordarán con este dibujo, bien sea platillo de lámpara, bien tapetillos para mesas de labor, de juego, etc. Se ejecutará el dibujo con seda encarnada, ó azul, ó verde; se forma el fleco desfilando los contornos del canevas. El dibujo puede repetirse indefinidamente. El cuadro debe colocarse en el centro.

#### Sombrero de M. Aubert.

Esta forma, de media calota, es una de las que se han adoptado mas generalmente; este modelo es de terciopelo blanco, con bandó interior de terciopelo

gris, con gran velo de gasa lisa azul. Trage de popelina azul con listas negras.

#### Peinador Emperarritz.

Está hecho de nansouk y guarnecido con guipur Cluny puesto sobre una cinta de tafetan malva. La guarnicion muy sencilla y muy elegante, podrá copiarse por aquellas de nuestras suscriptoras que quieran ejecutar el peinador con arreglo al patron publicado en uno de los últimos números del año anterior.

## ESCENAS DE LA VIDA MARITIMA.

EL MAELSTROM (1).

Presenta una circunstancia mi vida de marino que tan solo puede explicarse por un milagro. Porque ¿cómo volvió á arrojarme con vida el sumidero que me habia tragado? ¿Por qué prodigio logré salir del abismo que no abandona su presa jamás? Despues que he experimentado todas las angustias de la muerte, ¿qué predestinacion me ha forzado á vivir para revelar á los hombres los misterios de una situacion á la que no hay hombre que sobreviva? Bien presentes he conservado en mi entendimiento todas las particularidades de aquella jornada; su terror me domina aun, su impresion no se ha borrado todavía. Estoy viendo el navío, impelido por la fatalidad, correr á una destruccion inevitable; oigo todavía las palabras de hombres que están agonizando, sus fisonomías están grabadas en mi memoria, y me figuro presenciar aun cuanto pasó en torno mio. Tienen estos sucesos alguna importancia en los anales de la humanidad, y voy á escribirlos; porque nadie posee los datos que yo, nadie como yo puede decir lo que es una tripulacion atraida por el Maelstrom, qué sensaciones experimenta, las tristes escenas que ocurren sobre el puente del buque, el modo cómo se verifica aquella absorcion, aquel naufragio en medio de la calma, aquella ruina en el mas cabal silencio, sin tinieblas y sin tormentas.

—Hoy es viernes; el capitán quiere partir, y hace muy mal.

Así hablaba á bordo de la *Jóven Susana*, goleta escocesa, el contramaestre Braerigg, que, con los brazos cruzados, y apoyado sobre la carronada, levantaba los ojos al cielo. Un sol de otoño derramaba sobre el mar de Noruega aquellos rayos pálidos que, si bien alumbran la naturaleza, ni la penetran ni vivifican.

Una jóven escocesa, mas pálida y blanca que el sol de Noruega, apoyaba el brazo en el de su padre, anciano cuyo traje anunciaba pobreza, cuya fisonomía inspiraba respeto, y cuya cabellera habia encanecido en el ejercicio de todas las virtudes. Mac-Read era ministro de la iglesia presbiteriana; á poca distancia de aquel grupo se veía su hija mayor, Helena, de cabellos negros y dotada de una fisonomía llena de nobleza y entusiasmo. Estaba sentada sobre un lío de cuerdas, y escuchaba con atencion al criado Donald, natural de Stirling en Escocia, adherente á la familia por una de aquellas asimilaciones que no se encuentran sino en el país de que hablamos, y persuadido de que era padre de las dos jóvenes, Helena y Sprightly, tanto al menos como M. Mac-Read.

La conversacion continuaba entre el contramaestre y Mac-Read.

—Sí, decía el contramaestre, hoy es viernes, y por lo mismo mirad con qué gusto trabaja nuestra gente; tiene verdaderamente toda la actividad de las tortugas: nada sacaremos de ellos.

—¿Cómo! interrumpió la hija mayor que se levantó, ¿es V. supersticioso, señor contramaestre?

—Oh! no digo eso, señorita. El viernes, en tierra, poco me importaría; pero cuando es preciso bailar sobre estas aguas azules, y maniobrar con la tempestad ó con la bonanza, á fe que no desprecio el viernes, además de que es imposible hacer carrera con estos hombres sino cuando están alegres. Entonces trepan airoosamente por las cuerdas, alternan las canciones con el silbido, todos los pechos laten de esperanza; desprecian la tierra y desafían la mar. Pero con una tripulacion tan mal dispuesta, ¿qué diablos quiere V. hacer?

—Contramaestre, gritó una voz bronca, ¿en dónde está el perro montañés Campbell?

Era el capitán que hablaba.

—Duerme, contestó el contramaestre; Campbell está malo.

—Malo! Yo no quiero enfermos!

—Segun ha dicho el cirujano, tiene mucha calentura. ¿Creerá V., capitán, que ha tenido esta noche en su hamaca una de sus visiones infernales?

—Vaya con mil diablos Campbell y su *segunda vista*, exclamó el capitán, jurando bastante recio para que toda la tripulacion supiese que el capitán habia jurado. ¿Quién me ha metido á mí con un marinero montañés, un marinero de matorral que desorganiza mi tripulacion con sus visiones?

—Capitán, me atreveré á pedirle á V. respetuosamente un favor de parte de toda la gente, y que confían alcanzar.

—Cuál?

—Esperan que no zarparemos hasta mañana. ¡Nunca la *Jóven Susana*, créame V., ha zarpado en viernes!...

El capitán no aguardó el fin de la frase, volvió las espaldas al contramaestre, llenó de imprecaciones á toda la tripulacion, y se airó en términos que nadie se atrevió á chistar. La maniobra no se ejecutó mas aprisa, los marineros se miraban con un aire de desconfianza sombría. El mal humor reinaba por toda la embarcacion, el capitán se paseaba con las manos detrás, buscando una ocasion para regañar. El escocés de la *segunda vista*,

Campbell, á quien habia hecho levantar, habia salido del entrepuente y hacia su servicio refunfuñando. De repente entonó aquella lamentacion inarticulada, el *wail*, canto de muerte de los escoceses salvajes, aullido modulado, lloroso, interminable, prolongado, que se parece al zumbido que hace el viento en las catedrales. El viejo criado escocés levantó la cabeza y reconoció el canto fúnebre del clan de los Campbells. Helena hizo un movimiento de sorpresa, y la pequeña Sprightly se puso á llorar, porque habia despertado á la vez en su alma la idea de la muerte y de la patria.

Tan tristes presagios no tardaron en realizarse.

Arreció el viento, la mar bramaba, y estalló luego una tempestad. La maniobra se ejecutaba lentamente. El buque se estremecía y temblaba al choque de las olas; resistía sin embargo, gracias á la solidez de su armazon; pero el rumbo que seguia era opuesto al que debiera llevar. Por debajo de la *Jóven Susana*, al derredor de ella y á lo largo de las escotillas, chispeaba la espuma, bramando la ola que la precipitaba, y azotando al buque como el ariete las murallas. Pasóse toda la noche haciendo trabajar las bombas: el agua entraba en la sentina; y cuanto pudo hacer la tripulacion fué arrojar esta agua y poner el buque en estado de bogar.

Habia desaparecido uno de los mástiles, y era preciso cortar el otro; la armazon ó el esqueleto de la *Jóven Susana* continuó su marcha sobre el abismo que hacia saltar bramando los restos del buque, tan listo, tan nuevo, tan fuerte y tan veloz poco antes. En aquel ataud arrastrado por la tempestad, se hallaban una multitud de hombres que el desaliento habia postrado y que no cumplian sus deberes mas que por hábito. Tienen el heroísmo los marineros de obedecer y trabajar, aunque no aguarden mas que la muerte en premio de tanto afán.

—Padre mio, ¿hay todavía alguna esperanza? preguntaba una voz dulce.

—Roguemos juntos, queridas hijas, respondió el ministro presbiteriano, cuyos ojos estaban humedecidos de lágrimas.

Las plegarias de aquella voz venerable, el ruido de las hojas de la Biblia, al volverlas los dedos del anciano, las respuestas de las dos hijas, pálidas y tendidas en sus hamacas, la luz vacilante de una lámpara, no saldrán jamás de mi imaginacion. La muerte amenazaba en el cielo y en el abismo, la muerte sitiaba nuestro buque, el capitán bebia ron para reanimar no su valor, sino su esperanza; los hombres extenuados luchaban aun; y la nave, que habia sido reparada con bastante habilidad por medio de una vela, proseguia su curso vacilante é incierto.

—Y bien, Donald, exclamó el capitán, se acaba de pasar la noche y ya tocamos casi al puerto. El viento ha mudado. ¡Mirad, qué día mas hermoso! Vuestro Campbell de la *segunda vista* es un mentecato, y nosotros no moriremos por habernos hecho á la vela un viernes.

—Estamos muy mal parados, contestó Donald.

Campbell que pasaba muy cerca silbaba lentamente su *fúnebre* melodía.

—A desayunarse, muchachos, dijo el capitán, un vaso de grog (1) á cada uno por su trabajo.

Nadie contestó á los gritos de alegría del jefe, todos estaban inquietos y conservaban en la fisonomía la impresion del espanto.

—La *jóven Susana* necesita mas su arboladura que nosotros el desayuno, contestó uno de los marineros.

La niebla de la mañana iba entre tanto desapareciendo por grados, y descubria en el horizonte unos grupos de islotes muy pintorescos. El furor del Océano habia calmado; ni una sola arruga se veía en el mar, todo estaba tranquilo. En medio de aquel silencio, ¿qué murmullo se dejaba percibir? ¿Qué es aquel ruido que viene de tan lejos, indistinto, confuso, y que acercándose por grados, se parece al zumbido de un enjambre de abejas? Toda la tripulacion se puso en el combés, reteniendo hasta el aliento. El capitán permaneció inmóvil cerca de la escalera del entrepuente; el contramaestre, inclinado sobre la proa, tendido el cuello, el cuerpo recogido, los ojos fijos, escucha con ansiedad; su ayudante, que habia levantado la mano para dar disposiciones, permaneció inmóvil con la mano levantada y suspensa. Despues de dos minutos de aquel silencio, de aquella atencion, de aquel estupor, todas las miradas se cruzaron, lo habian conocido, lo habian adivinado. El contramaestre se dirigió al capitán.

—Ah! le dijo, esto se acabó, ¡es el Maelstrom!

—El Maelstrom!

Fué un eco de muerte, veinte y treinta veces repetido, que recorrió el buque: despues callaron todos.

—Qué es el Maelstrom? preguntó candorosamente la tierna Sprightly.

Campbell volvió á empezar el canto de los muertos.

Un marino con el pecho desnudo, y que acababa de beber un vaso de grog, respondió:

—¡Es la muerte!

—¡Vamos, muchachos, exclamó el capitán con voz penetrante, manos á la obra, con mil rayos! ¡Un nuevo mástil! Otro! Trabajad! Trabajad!

El ruido nada dejaba oír. El sol brillaba en el horizonte, y el buque seguia tranquilo su curso sobre aquel plano líquido. Entre tanto la tripulacion, poseida de una fiebre de actividad inaudita, hacia los preparativos necesarios para plantar el nuevo mástil, preparaba la vela y se movia en todas direcciones. El hombre de la *segunda vista* era el único que no queria trabajar. Donald, al contrario, procuraba ser útil en algo, se ofrecia para todo, se multiplicaba, arrancaba el martillo de las manos del carpintero, dirigia correcciones paternales á los perezo-

sos, y estorbaba la maniobra con su extremada solicitud. ¡Pobre viejo! que no habia visto otras tormentas que las del Loch-Nevis, y que no conocia otro peligro ni otro abismo que los pequeños remolinos de las aguas del Tweed y del Clyde. Donald no podia comprender la calma del visionario Campbell, á quien dirigia amargas reprensiones. En una hora todo quedó acabado; levantaron el mástil recién construido, é izaron la vela. Mas ¡ah! era en vano. El fluctuante lienzo volvía á caer con pesadez y envolvía, sin levantarse, el mástil fabricado con tanto afán. ¡Qué desesperacion! la chalupa habia desaparecido en la borrasca. Ya se veían los picos de las rocas de Lofoden, ya el Maelstrom, el inevitable sumidero, se dejaba oír de mas cerca. La *Jóven Susana* se iba acercando al monstruo que la habia de devorar. Todos los ojos se fijaban en el mástil y en la vela. ¿Quién pintará la expresion de aquellas fisonomías, el silencio de todos aquellos hombres, el abatimiento de los mas valientes, la resignacion de las muchachas, el dolor del padre, dolor que no le afectaba por sí, sino por sus hijas? Durante aquel silencio general, se veía al perro del capitán, un perro leal de Terranova, correr en todas direcciones por el buque como para huir de aquella fatal escena, echar aullidos horribles y prolongados que rasgaban el corazón de todos los circunstantes. Mac-Read rogaba en voz alta; las dos jóvenes estaban de rodillas.

—Ya lo sabia yo, exclamó el visionario, que fué el primero que rompió el silencio.

—¿Qué sabias?

—Mirad las rocas del Lofoden! Las he visto, las reconozco. Estaban á la derecha, como las veis. Mi sueño no me ha engañado. ¡Oh! viernes, día fatal! ¡Oh capitán maldito!

—Maldito capitán!

El grito de guerra de los Mohawkes, los ruidos de coraje de los Palikares, el lanzarse al combate, no son mas terribles que el grito de rabia de los marineros que, dirigiéndose á la popa, cogieron al desgraciado capitán, y, á pesar de sus gritos, de sus súplicas, de su resistencia, de su furor, fué arrojado de bordo. Su perro le vió caer; y este último amigo se echó al instante al agua, se fué nadando hacia él, le cogió por el cuello de la casaca, le atrajo hacia el barco, y resistió por largo tiempo á la corriente que le arrastraba. En fin, los dos brazos del capitán salieron del agua, cogieron al perro, como para aferrarse á su última esperanza de salvacion, y el amor y su fiel compañero se hundieron para no reaparecer. El crimen cometido, la muerte cercana, todos los conatos inútiles, ninguna esperanza de salvacion; ¡el buque marchaba lentamente á su ruina! Qué situacion! Toda la maniobra quedó abandonada. Los hombres se dispersaron; el contramaestre se sentó sobre los restos del mástil, y permaneció inmóvil contemplando el suicidio del buque. Unos se pusieron á rezar, otros á bailar, y la mayor parte se disputaban el grog y el aguardiente. Hubo tambien algunos, y eran los mas valientes, que se arrojaron al agua dando unos espantosos gritos. Ví á muchos que bailaban en corros como frenéticos. Estos reían á carcajadas, y las interrumpian de repente dando largos y terribles sollozos. Aquellos, dominados de un profundo estupor y tendidos sobre el puente, se levantaban, se abandonaban á un parasismo de rematada alegría, rompian las escotillas y lanzaban las cuerdas al mar. No obstante, la naturaleza entera brillaba bajo un sol que parecia acariciar con su sonrisa las apacibles aguas de la verde isla de Mosken, la *Jóven Susana* se deslizaba como una saeta, sin poder detener ni cambiar el rumbo que la conducía á una muerte inevitable, en las entrañas del anchuroso boqueron.

—Contramaestre, le dijo su ayuda, apelo á vuestro testimonio de que yo no he hecho daño al capitán.

El contramaestre se sonrió sin contestar. El ayuda se habia formado de la justicia divina la misma idea que tenia de un tribunal de la tierra. ¡Pobre hombre! creía necesitar un testigo ante el soberano Juez.

—Y bien! pobre Will! Vos no me respondeis. ¿Cuánto tiempo nos resta aun de vida? decidme!...

El contramaestre se volvió á Tom.

—Muchacho, si es preciso dar cuenta de nuestra conducta, contad conmigo. Teneis mas valor que los que allí están bailando. Mas, á fe mia, recojamos las velas y no hablemos mas. Vamos á echar el áncora; el otro mundo está á nuestra vista, atemos tranquilamente el último nudo. ¡Tom! un hombre de valor muere sin chistar. ¡Adios Tom! Tal vez ya no nos quedan mas que cinco minutos para gozar de la vida; ¡nada mas!

—Contramaestre, vos veis si yo sé resistir al huracán. ¡Adios, camarada! ¡Y aquellas dos pobres niñas!... ¡Ah! esto me rasga el corazón.

—Silencio, pues! mal haya! ¡Que Dios me perdone si juro! Nada mas diré. ¡Vete!

La atraccion del Maelstrom se hacia mas perceptible. Los suicidios de los hombres que se echaban al mar, los cantando, los otros llorando, despoplaban la embarcacion. En las alturas del Vellsen se veían grupos de hombres y mujeres que estaban mirando al desgraciado buque arrastrado á su perdicion, y le compadecían sin poder salvarle. El padre tenia á sus dos hijas abrazadas, y miraba al cielo murmurando algunas palabras apenas inteligibles. Un pájaro blanco como la nieve, de plumaje brillante y lustroso, descendió de las alturas de Ambareem, se cernió sobre la embarcacion, batió sus alas á poca distancia del puente, y siguió largo tiempo el curso del buque. El venturoso pájaro podia vivir; el buque debia perecer.

Sin embargo, un espantoso acontecimiento vino á llamar nuestra atencion, y parecia verificarse en la misma direccion del Maelstrom; oíamos unos horribles bramidos y aullidos de agonía, como si un monstruo gi-

(1) El Maelstrom ó Malstrom es un inmenso remolino que los navegantes dicen que existe entre las islas Weroen y Mosken, situadas en el Océano ártico, á los 67° 40' latitud N., y á los 11° 44' longitud E. El mugido de aquel abismo se deja oír á muchas leguas de distancia, y es tan poderosa su fuerza de atraccion, que las embarcaciones que pasan allí cerca son arrastradas al sumidero. Ese remolino, dice Malte-Brun, aumenta su pujanza á veces por el choque de dos altas mareas contrarias ó por la acción de los vientos. Atrae los buques, y los estrella contra las rocas, ó los engulle, no volviendo á aparecer sus restos sino algun tiempo despues.

(1) Licor compuesto de ron, azúcar y agua.

gante estuviere luchando con la muerte. En efecto, una ballena, cediendo al impulso de la corriente, había llegado al centro del sumidero, y luchaba en vano contra la irresistible fuerza que la absorbía. En vano la cola de aquel coloso batía las olas que se remolinaban. En vano sus narices echaban en el aire dos columnas de agua, el enorme monstruo fué absorbido y desapareció.

Era aquella la suerte hacia la que una marcha, cada vez mas rápida, nos arrastraba contra nuestra voluntad. La hermosura del día, la transparencia del sol, el brillo de las aguas, nos hacían increíbles la proximidad de la muerte, la certeza del naufragio. Un joven que había pasado muchas horas llorando, levantó la cabeza y se dirigió al contramaestre:

—¡No, le dije, no puedo creerlo, esto no es posible! ¡El mar está en calma! ¿Dónde está el escollo? ¿Dónde la muerte? ¿Dónde la tempestad? ¡Cientos de niños que todos habéis tenido la locura de creer!

El contramaestre levantó la cabeza sonriendo amargamente.

—¡A la maniobra! prosiguió el joven. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Maniobra como quieras, replicó el viejo marinero mirando al joven con el mayor desden; dentro de tres minutos *la Joven Susana* no tendrá ni siquiera tres tablas unidas. Joven, prepárate, enjuga tus ojos: uno ó dos azumbres de agua que es preciso tragar, á esto se reduce todo. El buque empieza á zozobrar, el agua se revuelve. Joven, si quieres ver á un hombre morir, quédate á mi lado. Pero calla y déjame en paz.

¡Ah! él decía la verdad. La impetuosa atracción del Maelstrom aumentaba la celeridad de nuestra marcha. Las olas hervían al rededor de nosotros. *La Joven Susana* daba vueltas á derecha é izquierda, traqueaba por las olas que se combatían. ¿Cómo cabe explicar la intensa agonía, la atroz demencia de aquellos moribundos llenos de vida? El mismo barco, saltando hacia el abismo, parecía un ser viviente poseído de la demencia. Bien pronto, impelido como la bala por la fuerza de la pólvora, resbala, huye, se abalanza, cae, rueda, rebota y vuelve á caer... Los marineros se aferran á las cuerdas; Donald se precipita en el abismo; el contramaestre echa su sombrero en el aire, mientras que *la Joven Susana* vuelve sobre sí misma como el juguete en la mano de un niño; yo no sé nada mas. Aquí se acaba el recuerdo de aquel terrible naufragio; todavía estoy viendo el terrible instante en que la popa aparecía sola por debajo de las olas, y en que el abismo tragando, si así se puede decir, su presa, la atraía por la proa en sus profundidades y la tenía un momento suspendida en aquella posición vertical.

Yo, que tendido sobre el puente, mudo, sin esperanza, casi estúpido, observaba el fin de aquella escena con una resignación desesperada, me encontré ensangrentado y desnudo sobre las rocas de la costa de Ueggesen; apenas tuve fuerza para arrastrarme hasta un grupo de chozas habitadas por mineros. Sin duda el sumidero, con la violencia misma de las contra-corrientes, había rechazado algunos de los destrozados que debía tragar. Ví esparcidos en la arena un fragmento de tabla rota y un pedazo de cable.

No había memoria, según me dijeron los mineros que me recogieron, de que el Maelstrom hubiese perdonado jamás una sola de sus víctimas.

M. DE F.

## LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE,

(Continuación.)

—La hija de un hostelero, Teresa. Los dueños de *El Elefante Coronado* poseen una fortuna muy bonita y tienen lo bastante para vestir bien á sus hijas.

—¡Pero un traje semejante conviene á tales gentes, que al fin y al cabo son los criados de las personas que van y vienen?

—Ese es su negocio, Teresa; ¿porqué mezclarnos en esto?

—Sí, vos mamá; exclamó la señorita con una impaciencia mezclada de despecho, permaneceréis indiferente aun cuando el mundo entero corriese á su pérdida. ¿No es un deber de las gentes virtuosas el contener y combatir el mal? ¿Y si las personas ricas cierran los ojos y lo aprueban todo, el pueblo y la gente baja serán abandonados, sin guía y sin consejo, á la inmoralidad, al lujo y al orgullo?

La madre se encogió ligeramente de hombros y replicó:

—Tú podrías tener razon en apariencia, hija mia, pero no creo yo que por eso, merezca una critica tan severa esa inocente Filomena.

—Creeréis, pues, que va á casarse con un viajante?

—Nuestra criada á oído ayer que era comerciante.

—Comerciante!... Sí; los de *El Elefante Coronado* hacen creer que está interesado en una casa de comercio de Anvers; pero es un pobre diablo hijo de un barbero. Cierro; los padres de Filomena no permitirían que su hija se casase con un hombre tan comun si ellos no tuvieran para esto razones mejores. Estas son cosas abominables en las que no se puede pensar sin indignación.

—Yo te ruego, Teresa, que no digas eso; replicó la anciana con acento de súplica. ¡Si tus sospechas no tuvieran fundamento!...

—Sí le tienen y muy fundado!... exclamó la joven. Madame Kwas, que pasa su vida sorprendiendo los secre-

tos de las familias á fin de poderlos divulgar á su vez, se lo ha dicho á Josefina la modista y esta se lo cuenta á todo el mundo, y no puede menos de ser verdad, porque trabaja para las gentes de *El Elefante Coronado* y lo ha comprendido bastante claramente; la modista tiene por lo tanto razon para no callar cosas semejantes.

—Vamos, Teresa; dejemos á cada uno cumplir su destino y expiar sus faltas, y hablemos de otra cosa, hija mia.

—Os hallo cada vez mas incomprensible, madre mia; dijo la joven con aire de descontento. ¿De qué podremos ocuparnos aquí? ¿De qué hablaremos sino de lo que pasa en la villa? ¡No se puede decir la verdad, no se debe vituperar el mal! no hay medio entonces de conversar con vos, madre mia, pues criticáis mis menores palabras. Querreis, sin duda, que no abra mi boca; callemos, pues, y continuad vos quejándoos de lo triste y enojoso que es esto, desde que mi hermana Herminia, vuestra niña mimada, está fuera de casa.

La anciana señora, sin decir nada, continuó su trabajo, y la joven inclinó la cabeza sobre su labor con una expresion mal reprimida de impaciencia y de cólera.

Un largo silencio reinó de nuevo en el salon; despues de un rato preguntó la madre:

—¿Tiene ya la criada arreglado el cuarto de Herminia, según mis órdenes? Porque debé venir mañana de Schaerbeek.

—Yo creo que sí, respondió Teresa: esto no es de mi cuidado, Herminia traerá una carga de botes de pomadas y frascos de esencias, nuevos sombreros y las maletas llenas de vestidos, de cintas, de libros, papeles de música y otras mil fruslerías; ¿de qué serviría arreglar su cuarto, si ella le transformará inmediatamente en un almacén desordenado?

El tio Juan que, dicho sea entre nosotras, no sabe lo que conviene á una joven, habrá vuelto á mi hermana mas vana de lo que ella era. Dios sabe cuánto dinero habrá malgastado por cargar á Herminia de regalos inútiles. Su fortuna me pertenece tanto como á mi hermana, pues lo mismo debemos heredar la una que la otra y los dispendios que hace por Herminia me son injustamente arrebatados.

—Teresa, hija mia; ¿cómo puedes tú ser tan envidiosa! dijo la anciana con un acento de reproche. Despues de seis semanas que no has visto á tu hermana, ¿no deberías estar alegre por su vuelta?

—Alegre! Oh! sí; ¡cuando ella va á trastornar la casa de arriba á abajo, á aturdir á la vecindad con sus gritos y sus cantos, á hacer ruido de la mañana á la noche! ¡Cuando para vergüenza de la familia irá á la iglesia y á pasearse por las calles vestida como una de esas locas bruselesas!... Oh! será muy agradable para nosotros que hacemos todo lo posible por evitar la maledicencia, andar en lenguas de la villa á causa de la ligera conducta de mi hermana. Vos no podéis oír, madre mia, todo lo que se dice de ella y lo vituperadas que son por todo el mundo sus maneras y sus costumbres frívolas.

—Oh! qué horror!... ¿Cómo es creible que hables así de tu hermana!... dijo la anciana señora con dolorosa sorpresa. ¡Herminia, la buena, la alegre Herminia!... ¡Ella que es amada de todos cuantos la conocen, y los que la ven una sola vez desean su amistad, porque donde se halla está el placer y el júbilo!... ¿Quién será bastante malo para criticarla si es inocente y pura como una paloma?

—Si viérais la indignacion con que hablan algunos de nuestros conocimientos de su extravagante traje! entre ellos madame Kwas.

Un estremecimiento súbito agitó el cuerpo de la anciana y un relámpago fugitivo brilló en sus lánguidos ojos; contuvo, sin embargo, su emocion y dijo con un tono tranquilo y grave:

—Madame Kwas!... ah! Es posible que en Darlingen un ángel del Señor no escapara de la maledicencia de tales gentes; pero Teresa, ¿crees tú que aun cuando la víbora escupa toda su ponzoña sobre la azucena puede empañar el brillo de esa flor sin mancha?

—Bah!... esas comparaciones ambiguas no son razones, madre mia, respondió Teresa con una sonrisa de burla. La cuestion se reduce á saber si mi hermana hace mal; y esto es lo que debe evitarse; quitar al mundo todo pretexto de crítica y de vituperio; pues bajo este punto de vista la conducta de mi hermana no puede ser mas vituperable.

—Pero Teresa; ten al menos un poco de indulgencia para con esta pobre Herminia!... es una niña!...

—Una niña de diez y siete años!... una niña!... Hace tiempo que ha debido inspirarse con rigor los sentimientos de conveniencia, haciéndole comprender lo que se debe al buen nombre de nuestra familia. Mi tio Juan tiene la culpa de que se halla hecho tan loca y tan extravagante; así yo obligaré á mi padre para que no la deje ir á pasar tanto tiempo en Schaerbeek el año que viene. Schaerbeek está demasiado cerca de Bruselas, y allí solo pueden hallarse malos ejemplos. Si vos, madre mia, estais ciega y olvidais vuestro deber, yo velaré por la reputacion de mi hermana y por el buen nombre de nuestra familia.

La buena señora exhaló un suspiro; pareciendo asustarse y despues de un momento exclamó:

—Pues qué!... ¿Herminia no podrá ir á casa de mi buen hermano? Es su padrino, Teresa, y ha sido educada en su casa hasta la edad de catorce años. Y además nosotros hemos convenido en que Herminia iria todos los años á pasar seis semanas en su casa de Schaerbeek. El la ama como si fuera su hija, y durante diez meses aguarda con impaciencia el día de su llegada. ¡Y serías tú quien quisieras privarle de una cosa que considera como su mayor dicha!... ¿Y su tia, mi pobre hermana

María, querrias tú darle ese pesar! Ah! yo te ruego que no seas tan cruel para tu hermana.

Y al acabar estas palabras tendia las manos hacia su hija con expresion suplicante.

—Vuestro excesivo amor por Herminia os ciega; respondió Teresa. Si se tratara de hacer una cosa que á mí me desagradase, no os asustaríais tanto. Mi padre que sabe mas que nosotras ha dicho igualmente que Herminia no volverá mas á Schaerbeek.

—Ha dicho eso?... exclamó la madre. ¡Oh! Teresa, tú que consigues de tu padre todo lo que quieres, quítale esa idea de la cabeza.

Un doble repiqueteo de campanilla resonó en la casa.

—Ved aquí á mi padre; dijo la joven.

—Hablarás en favor de Herminia? yo te quedaré reconocida; suplicó la anciana.

—Ya veremos, respondió Teresa. Eso dependerá de la conducta de mi hermana y de vuestra indulgencia para sus ligerezas.

A la entrada de la casa se oía una voz gruesa regañar con acento de cólera. Esta voz debía hacer sobre la anciana una fuerte impresion, porque palideció y se puso á temblar. La puerta del salon se abrió con violencia: un hombre apareció en el dintel y se detuvo un instante, fijando sobre las dos mujeres una mirada acusadora.

Bonifacio Romys, el dueño de la casa, era un hombre de alta talla, todavía fuerte para su edad, aunque sus cabellos blancos como la nieve, indicaban que había trabajado mucho durante su vida. Su rostro pálido no ofrecía nada de notable en sus rasgos, fuera de sus labios delgados y de sus pequeños ojos grises que parecían lanzar chispas. Llevaba una camisa muy fina y muy blanca, y un grueso alfiler de diamantes en la pechera, como asimismo un anillo con un grueso diamante en la mano izquierda. El resto de su traje estaba bastante estropeado; su sombrero se había vuelto rojo de puro viejo y los bordes estaban grasientos.

Despues de haber arrojado sobre las dos mujeres una mirada iracunda, se dirigió hacia ellas con un gesto furioso.

—Y qué haceis vosotras?... exclamó él; ¡todo el día aquí metidas charlando y haciendo trages para los chiquillos de esas gentes que se pasan el tiempo en las tabernas!...

—Ah! pobres niños! ¿y qué culpa tienen ellos?... respondió Teresa con disgusto.

—Cállate tú!... mejor harías en vigilar á la cocinera que está despilfarrando nuestro dinero de una manera abominable. Llego cansado, molido de correr y de trabajar y encuentro á la muchacha con media libra de pan en la mano sobre la que había extendido un cuarteron de manteca, y monda las patatas dejando en las mondaduras un dedo de espesor.

La anciana quiso dar una explicacion; pero su marido golpeando el suelo con el pié, exclamó lleno de impaciencia:

—¡Cállad vos, cuando yo hablo!... ¡Pues qué, de la mañana á la noche, yo me romperé los cascos y me fatigaré en buscar los medios de aumentar nuestros productos, esforzándome por dejar una buena herencia y por elevar la fortuna de mis hijos por encima de otras, para que vosotras por holgazanería y por pereza lo dejéis todo disipar y despilfarrar en la casa? Esa haragana de criada saldrá bien pronto de aquí. Lo tengo resuelto hace tiempo y hoy mismo la despediré.

—Pero Bonifacio, objetó su mujer; la pobre Sofía hace veinte años que nos sirve fielmente; va siendo vieja la infeliz y no hallará otra colocacion.

—Y qué nos importa? refunfuñó su marido irritado. Yo la tomé para servirme como lo ha hecho hasta aquí, si ya no puede hacerlo que se gane la vida como pueda.

—No, Bonifacio, no la despedireis; dijo madame Romys con timidez.

—Que no la despediré?... ¿Os opondríais vos por casualidad? Esto es lo que yo quisiera ver.

—Mi padre tiene razon; observó Teresa. Sofía no está ya para nada; todo lo hace al revés. Por otra parte ella echa á perder á mi hermana y es tiempo ya de que nos deje.

—Bien; si es preciso haced vuestra voluntad, Bonifacio, suspiró la anciana, y dejó caer la cabeza sobre el pecho con desaliento.

Esta sumision pareció calmar un poco á su marido y volviéndose hacia su hija la dijo:

—Ve á la cocina, Teresa, y permanece por ella algun tiempo, pues tengo que hablar á tu madre de cosas graves, las que sabrás en su día.

Teresa salió de la habitacion.

Bonifacio tomó una silla y dijo á su mujer:

—Sentaos Julia; quiero comunicaros una cosa importante, no para conocer vuestras ideas ni para pedir os consejo, pues sé que como siempre no tendreis otro parecer que el mio; sino solamente porque semejantes asuntos no pueden tratarse sin que los conozcaís y deis vuestro asentimiento. Vos no sabeis lo que es necesario para elevar nuestra familia en el mundo y por eso mi voluntad ha sido una ley.

Su mujer sin decir palabra le miró con ademan de profundo sufrimiento.

—Ved aquí el negocio; replicó él. Nuestra fortuna asciende á unos quinientos mil francos, y el aumento que insensiblemente van adquiriendo las propiedades. Añadid á esto que cuando tus hermanos Juan y María mueran nuestra fortuna se aumentará con mas de doscientos cincuenta mil francos por este lado; yo había pensado que nuestras hijas no se casarian y en este caso no se dividirían los bienes; y si tuviéramos la dicha de so-

brevivir á tus hermanos, nos hubiéramos hallado á la vejez con unos ochocientos mil francos, siendo entonces muy pocas las personas que en Darlingen nos hubieran sobrepujado en riquezas. Tal fué por largo tiempo mi esperanza y mi objeto. Yo estaba seguro de que nuestra Teresa es una muchacha de talento y comprende perfectamente mis ideas, por lo cual no se casará; ella odia el matrimonio y le agrada la soledad.

—Así parece á primera vista; pero en el fondo ¿quién sabe lo que será? murmuró la anciana.

—Bah! no sabéis lo que os decís, Julia. ¿Ha manifestado Teresa alguna vez su deseo de casarse? Y en cuanto á Herminia es otra cosa; hace tiempo que he adquirido la convicción de que no le desagradará el matrimonio, sobre todo habiéndosele puesto en la cabeza á su tío Juan la idea de que no se ha de quedar soltera, y nosotros no lo deseamos, no; Herminia se casará tarde ó temprano. Ya he tomado mi partido sobre este particular y para impedir que Juan se mezcle en este negocio la he buscado hoy mismo un buen partido.

Su mujer le miró con ansiedad.

—Qué niñada! dijo él riendo; ¡ya estais temblando como si yo fuera capaz de casar mal á mi hija!... No temais nada, el marido que le destino es casi tan rico como nosotros y aunque él comercia todavía es de una antigua familia muy apreciable: Les Pottewal.

—Pottewal, el mercader de granos!... exclamó la señora palideciendo. ¡Oh! Cielos eso no es posible!...

—¿No es posible? ¿porqué? Desde el fallecimiento de Pottewal, su hijo único Francisco está á la cabeza de una fortuna considerable.

—Pero es ya viejo y no conoce á nuestra hija Herminia, murmuró la pobre mujer temblando de emoción.

—Treinta años. La mejor edad del hombre. Cuando se tiene experiencia y no se corre el peligro de una derrota ó de dirigir mal los negocios.

—Por Dios, Bonifacio; ¡no obligueis á mi Herminia á casarse sin amor!... no la hagais desgraciada por toda su vida.

—Desgraciada! repitió Mr. Romys. Nosotros tambien nos hemos casado casi sin conocernos, y ¿somos desgraciados? Esto no nos ha impedido el guardar y aumentar nuestros bienes. ¡Amor! ¡id al mercado con esto para comprar manteca! ¿qué es el matrimonio para las gentes acomodadas, sino la asociación de dos fortunas y un medio de acrecentar la consideración de las familias? Mr. Pottewal lo comprende tambien así, y quiere casarse para tener una mujer hacendosa que cuide y economice en su casa mientras él viaja para su comercio. El tenía un antiguo criado de quien se fiaba como de sí mismo y ha muerto hace tres meses, por lo tanto Pottewal está ahora solo. El se lamentaba de su soledad y yo le hice comprender que una union entre nuestras dos familias no sería un mal negocio tanto para él como para nosotros.

—Ay de mí!... ¡Mr. Pottewal necesitaba una criada y le habeis dado á nuestra hija! dijo la madre aterrada con una voz débil y ocultando el rostro entre sus manos.

—Cómo una criada! preguntó Bonifacio: ¿sois vos mi criada? Yo sé muy bien lo que teneis metido en la cabeza, como tambien vuestros hermanos Juan y Maria que deseais casar á Herminia con el primero que se presente de esos calaveras de Bruselas. Y os digo con franqueza que mi empeño es demasiado fuerte. Ernesto Decock que cree haber aprendido bastante para venir á buscar ocupación en Bruselas, en su carrera de ingeniero, va á volver de Inglaterra; este jóven me ha inspirado siempre aversión; él ha visto muchas veces á Herminia en Schaerbeek y ella le recuerda á menudo, haciéndome sospechar esto otra cosa que una amistad inocente. Por otra parte yo temo que tus hermanos inspiren á nuestra hija peligrosos proyectos. Ernesto es pobre; su padre hizo malos negocios y no le ha dejado treinta mil francos. Ya comprendereis, pues, que no debo vacilar. Mr. Pottewal está pretendiendo casarse y si no es con Herminia será con la hija de Mr. Cortbeem que la ha hecho ya hablar con este objeto por madame Kwás. Tales ocasiones son demasiado raras en Darlingen para dejarlas escapar.

Madame Romys con la cabeza baja y los ojos cerrados quedó un instante sin movimiento. Quizá la egoísta dureza de su marido bajo la cual gemía hacia mas de treinta y cinco años, habia enervado toda su fuerza moral haciéndola caer en un anonadamiento doloroso. Comprendía que ni sus ruegos ni sus lágrimas tendrían ningun poder contra la fatal resolución de Romys y aunque en ello iba la dicha de su Herminia querida, no hallaba en su alma fuerza bastante para oponerse á la despótica voluntad de su marido.

—Vuestra resistencia no me sorprende; replicó Romys; yo la esperaba; porque hubiera sido rara que una vez siquiera en vuestra vida aprobáseis lo que yo creo útil. Podeis llorar lo que os plazca; pero tened cuidado con lo que voy á decir. En cuanto Herminia llegue se lo advertiré á Mr. Pottewal y vendrá á tomar café con nosotros, y si sois tan imprudente ó tan loca que no le recibais como conviene os haré arrepentir, y si decís á Herminia una sola palabra en contra de mi proyecto os haré ver que soy el dueño de mi casa. ¡Ah! vos creéis que su tío Juan podría...

En esto llamaron á la puerta de la habitación.

—Padre mio; ¿se puede entrar? dijo una voz desde fuera.

—Bah! tú siempre Teresa!... exclamó Romys.

—Calla! porqué llora mamá? preguntó la jóven entrando en la sala.

—Siempre lo mismo; ya lo sabes; respondió el padre. Teresa, tú atiendes mejor á la razon. Ella llora porque la he anunciado que Herminia se va á casar.

—A casarse!... Herminia casarse!... interrumpió Te-

resa; ¿pero es esto verdad? ¿Os chanceais sin duda, padre mio?

—No me chanco; lo he dicho y será. Francisco Pottewal, el rico mercader de granos, será tu cuñado.

—¿Se me ha, pues, engañado indignamente desde mi infancia!... exclamó Teresa cuyos labios temblaban mientras que miraba á su padre frente á frente con una expresión que no tenia nada de respetuosa. ¿Pues qué, se me hace quedar soltera para que la fortuna de la familia no se divida, y ahora que es tarde para mí se busca para mi hermana un brillante matrimonio?

—Pero déjame hacerte comprender...

—Comprender!... yo lo comprendo demasiado bien, prosiguió Teresa con irritación creciente. Si yo muero, Herminia poseerá toda la fortuna de la familia, y si ella muere yo nada heredaré de su parte. ¿Es así como se despoja á la pobre Teresa? Todo para Herminia, para mí nada.

—Callarás al fin? exclamó Romys. Tú hablas sin ton ni son, sin saber lo que te dices. Escucha y sabrás lo que tiene para tí de ventajoso este matrimonio. Cada cual puede morir. Y si sucediese que Mr. Pottewal y tu hermana no tuvieran hijos y dejasen este mundo antes que tú, ¿sabes, aturdida locuela, lo rica que serías entonces? Poseerías tú sola nuestra fortuna, la de tu tío Juan, la de Pottewal, que todo junto asciende á mas de un millon!... algo mas de un millon.

La idea de ser un dia tan inmensamente rica hizo una profunda impresión en M.<sup>lle</sup> Romys, suspendió su juicio sonriendo interiormente con tan halagüeña esperanza. Empero de repente un rayo de luz iluminó su espíritu.

—Padre mio!... padre mio!... vos quereis cegarme, dijo ella con acento de reproche. Yo bien veo lo que pasa. Herminia se casará, será rica, tendrá hijos, ¡dichosa criatura!... mientras que yo pasaré aquí mi vida solitaria y triste. Moriré antes que Herminia y ella lo poseerá todo. ¡Vos haceis de mí la víctima de mi hermana!... me sacrificais.

—Qué locas sois!... tú eres tan poco razonable como tu madre y me asombra verte igualmente anegada en llanto: pero esto no me importa. El matrimonio que he resuelto es muy ventajoso para nuestra familia; y el bienestar, la elevación y el honor de mi nombre son antes que todo. Por lo tanto, que te plazca ó no, antes de dos meses Herminia será madame de Pottewal ó yo perderé mi nombre de Bonifacio Romys. Y no hay que decir á Herminia una palabra de este proyecto hasta que la haya hablado yo mismo.

Madame Romys se levantó y extendiendo las manos hácia su marido le dijo con acento suplicante:

—Oh! Bonifacio!... revocad vuestra resolución!... ¡Dad siquiera algun tiempo á nuestra Herminia!... Veamos antes si ella tiene alguna inclinación por Mr. Pottewal. Esperad, para decidir tan irrevocablemente de su suerte, á que ella conozca al menos al hombre que le destinais. ¡Ah! por piedad, sed bueno y escuchad mis consejos; no vendais á mi hija por un puñado de oro.

Su marido sonriendo con aire burlon iba á responder con palabras amargas al humilde y triste ruego de su mujer cuando la casa se estremeció con el estrepitoso ruido de la loza que se hace pedazos cayendo con estrépito por el suelo, los cascos de una pila de platos rotos.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## VUELTA A LA PATRIA.

Vuelven á verte mis amantes ojos  
Oh! dulce patria mia!

Vuelve á gozar el corazón dichoso  
De mi cielo, mis campos, mi alegría.

Torna mi frente á iluminar radiosa  
Tu seductora luna,

Esa blanca deidad, que cariñosa  
A mi apacible cuna

Bajó á pedirme la primer sonrisa.

Esta es mi Cuba, sí, no ya infelice  
Mi enagenada mente

Tras dulce sueño en realidad penosa  
Tornará á despertar, que me lo dice

De Almendares la plácida corriente,  
Lo murmurán los plátanos y palmas

Con lánguido sonido,  
Y aun mas elocuente

Con férvido latido  
Me lo asegura el corazón ardiente.

Esta es mi Cuba, sí, si solo fuera  
Un soñado placer, el alma mia,

No con tanta expansión respiraria,  
No de la vida en plenitud sintiera

El vigoroso brio  
Que solo puede el maternal rocío

Recibir esta planta.

Solo en mi Cuba! De extrangéros lares  
Qué me importa la pompa y lozanía

Si nada mueve el corazón, ni inspira  
Mi helada fantasía.

Yo los admiro, sí, mas cual se admira  
De ricas tumbas la belleza fria.

Muda, insensible, en silencioso pasmo  
Vieron mis ojos la sin par grandeza

De americanos bosques, sin que el alma  
Un destello de férvido entusiasmo

Pudieran arrancar, sin que el dejarlos,

En lánguida tristeza  
A dirigirles la postrer mirada  
Volvierá mi cabeza.

Mas cuán distinto aquí, Cuba á donde  
En tí todo lo ama

Mi corazón, y todo responde,  
Desde la cumbre que tu sol derrama

Hasta el reptil que la maleza esconde.  
Todo en tí me habla misterioso idioma

De amor y poesía  
Que enagená y conmueve el alma mia.

¡Oh! Cuba, Cuba hermosa,  
Dos vidas hallé en tí, si una me diste

Como madre amorosa  
En la márgen del Táyaba espaciosa,

Otra me brindas hoy, que yerta el alma  
En urna helada sin sentir yacia,

Hasta que ciega, palpitante y loca  
De placer y alegría,

Han vuelto á verte mis amantes ojos,  
¡Oh! dulce patria mia!

CARLOTA ROBREÑO.

## UNA LAGRIMA.

Ella me mira. De sus labios rojos  
Se apaga la sonrisa.

Fija sus ojos en mis tristes ojos  
Donde el pesar divisa:

Une á mis labios su serena frente...  
El llanto presuroso

Como preñada nube

A mis ojos se agolpa silencioso,  
Y resbala una lágrima candente

A confundirse entre sus blondos rizos.  
Alza su frente pura y seductora,

Y al mirar su semblante  
Do el placer siempre brilla,

Una lágrima dulce y tembladora  
Rodaba en su megilla!...

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

## Peinados para comidas y reuniones.

N.º 1.—Bandó con punta de terciopelo azul, sosteniendo almendras de cuentas que caen sobre la frente: al lado, rama de azaleas; collar igual al bandó.

N.º 2.—Bullonado de tul verde-luz, con cascabelillos de cristal verde.

N.º 3.—Tocado-redecilla de terciopelo negro, cuentas blancas y rama de rosas.

N.º 4.—Tocado enrejado de terciopelo encarnado, cuentas blancas y camelia blanca.

N.º 5.—Puf de espigas de oro, rosas, y cadenetitas formando collar.

## PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 85.

Blancas.

Negras.

1.ª T. 3.ª R.ª jaque

R. 5.ª A.R.ª

2.ª R.ª c. A.R.

T. toma P. jaque.

3.ª R. 2.ª A.R.ª

R.ª ó T. 7.ª R. jaque.

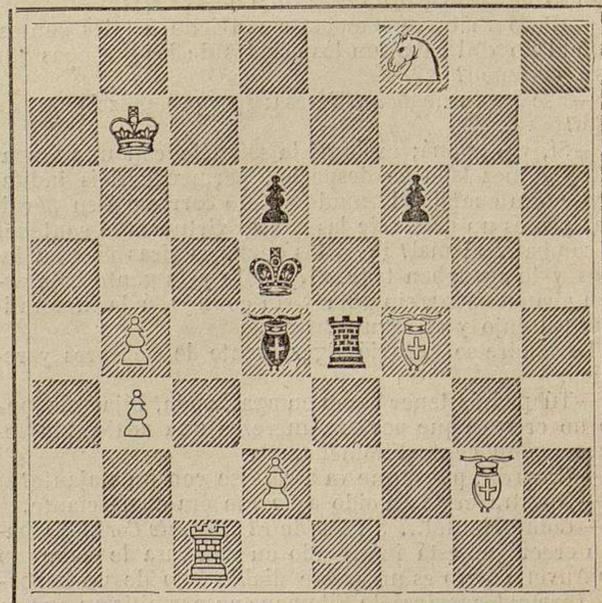
4.ª T. 2.ª R.ª

Cualquiera.

5.ª C. 6.ª C.R.ª ó R.ª jaque-mate.

PROBLEMA N.º 86, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA  
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,  
Bomba, n. 1.



Leroy. imp. Paris

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris.